

# El "Se fiel a ti mismo" en las obras literarias

Hemos leído la novela «De barro y esperanza,» y luego nos hemos preguntado: ¿llega Carlos Rojas a ser en algún momento él mismo? Entre «Gog» y «El libro negro» de Papini se mueve el escritor en la mayor parte de la obra. Querer novelar a Papini es una ambición fuera de lugar, de tiempo, y de toda lógica; por tanto, los resultados de ello ya pueden suponerse. Este diablo que nos presenta Rojas, en su obra, lo vemos sin cielo y sin infierno, y esto es lo peor que puede sucederle al diablo, ser un escéptico, aunque con ello quiera simbolizarse una esperanza masiva del hombre hacia un destino superior, libre de vasallajes, y en comunión con la propia esencia del universo. Este diablo de Carlos Rojas vence la máscara de la muerte, cambiándola en cándida alegría, en la cual se esconde, empero, la serena frialdad del tránsito. La máscara de la risa y del dolor se hermanan formando un solo problema de brevedad y de momento. Es este un milagro gratuito, ya que la alegría será más dramática cuando traspase, cuando entre, mejor dicho, en el hondo y oscuro pozo de la muerte, cuyo alfiler de luz se nos parece a veces inalcanzable, para las almas engañadas en esta falsa alegría.

Hacia el final de la obra, hay una clara alusión al problema que nos presenta «El diablo» de Papini, al decir textualmente el autor-protagonista de la obra: «¿Cuál había sido su destino al traspasar la frontera del último sueño? Solo Dios podía saberlo, y de él dependía su perdón».

El autor, sin anécdota propia, nos presenta un buen número de personajes conocidos, a los cuales hace reaccionar, entonces sí, según su personal opinión. Cita, entre otros, a Gog, y algo en toda la narración vuelve a recordarnos la intencionalidad que diera Papini a su célebre obra.

Los diálogos, interminables, adolecen la mayoría de las veces de innecesarias repeticiones, llegando por ello a extenuar la atención del lector.

La comercialidad que se ha querido dar a la novela salta a la vista. No son realidades más o menos veladas a las que se alude, sino que son citas concretas de personajes locales conocidos.

En esta obra encontramos intencionalidad, mas no estilo. No es fondo ni forma, es sátira irónica al servicio de una fantasía trasnochada, a la cual no responden ya las corrientes de la novelística actual. Escenas deplorables de novela rosa, acuden a este complejo literario.

La novela actual responde a una inquietud de hombres y problemas, no de fantasías inconsistentes y aleja-

mientos ambigüos. La novela actual desconoce la anécdota. Alcanza ya el hondo sentir social de unos problemas que deben ser superados por la preocupación de quienes los sienten en espíritu, y el sublime esfuerzo de aquellos que ofrecen su carne como yunque para este sacrificio que debe revalorizar aquel esfuerzo. En el hombre de hoy hay algo más que fantasía, hay responsabilidad, hay ganas de arrimar el hombro, y sobre todo austeridad y síntesis, puntos capitales de la novela de hoy, forjada en la elevación sublime del mundo cotidiano, donde luce el espíritu con una luz que quema los estratos superiores, hijos de la fantasía y de las posturas cómodas.

Quizá Carlos Rojas en el ensayo satírico encontraría campo fecundo para sus posibilidades literarias, pero en la novela, en la auténtica novela, este ensayo satírico no es más que una postura frustrada, que anula toda posibilidad de obra consistente y que defina algo.

Es de mal gusto la anécdota de la salchicha que iba destinada a Madariaga, pero la broma queda solamente en esto y en demostrarnos que el autor domina el inglés.

Después de todo lo dicho, no queremos silenciar dos momentos felices de la obra. Uno es aquel en el que el autor nos define la tierra: «La tierra es un infierno que piensa y sueña». «Otro el que nos habla de los muertos: «Los muertos son más fuertes que los hombres forman una raza tremenda e invencible que, de hecho, viene gobernando el mundo desde el principio de la creación».

Carlos Rojas en esta novela se ha dedicado a escribir por escribir; en algún momento se ha dado cuenta de que podría ser un escritor, y es cuando ha forjado estos hitos que hemos entresacado de su novela.

El estilo periodístico no será nunca arma suficiente para crear una obra literaria. Abusar de la anécdota, de la vulgarización y el localismo, no conduce nunca a ninguna parte, «De barro y esperanza» es una buena muestra de ello.

Preguntábamos al principio si Carlos Rojas llega a ser alguna vez él mismo. Sí, cuando recuerda que escritor y no un comentarista de acontecimientos. Cuando sirve, cuando es fiel a su más alta inquietud.

Quizá, sea difícil siempre el liberarse de una manera absoluta de ciertas influencias, pero es preciso que todo autor recuerde que jamás podrá dar una sola moneda de un patrimonio ajeno.

Luis Bosch. C.